

Capítulo 1

La Red

Un pandillero de los Moss Side tiritita de frío en su coche, que está aparcado a las puertas de la prisión de Strangeways. Ha recibido instrucciones de recoger a un antiguo miembro de la banda, Whippet, que recobra la libertad después de tres años encarcelado por tráfico de heroína y *crack*. Estamos en diciembre y nieva. La nieve empieza a cubrir el tejado de la torre de vigilancia que se erige sobre el norte de Manchester. El hombre limpia el vaho del interior del parabrisas con manos enguantadas y distingue a otro hombre que también espera: un grandullón de poco más de cuarenta años que lleva un polo negro de manga corta y está fumando.

—¿No tienes frío? —le pregunta.

El grandullón se vuelve y da una calada sin despegar los labios.

—Soy medio noruego —responde con una sonrisa. Lleva la cabeza rapada, le faltan algunos dientes y los que tiene lucen algunas manchas; es fornido, seguramente se machaca en el gimnasio. Termina el cigarrillo y desaparece en el interior del centro penitenciario. Cuando vuelve a salir, Whippet lo acompaña. El pandillero que está esperando toca

el claxon para llamar su atención. Whippet vuelve la cabeza y sigue caminando. El grandullón le abre la puerta de su coche, luego sube él y sale pisando a fondo. Las ruedas hacen eses sobre la aguanieve que cubre la calzada.

El coche recorre con rapidez la autopista de circunvalación y gira hacia el norte por la M6. Cada vez se divisan menos edificaciones. Avanza hacia Lancaster y Kendal en dirección a la frontera con Escocia. El grandullón, Anders Svensson, es detective de la policía desde hace veintitrés años. Sabe que su acompañante, Whippet, está preocupado, porque le oye murmurar algo para el cuello de su camisa y ve que se pasa la mano por la cabeza. Va peinado a lo Jamie Foxx, que es la moda.

—No necesito niñeras —dice Whippet por fin sin apartar la vista de la carretera. Tuerce el gesto como si alguien tirase de su boca con un anzuelo—. Me respetan. Soy de fiar, de la vieja escuela.

Svensson enciende otro cigarrillo sin decir nada. Ha investigado treinta asesinatos y se ocupa de las bandas del sur de Manchester desde hace tanto tiempo que ya no sabría diferenciar el trabajo del resto de su vida. Nota que Whippet se da golpecitos en el labio superior y que vuelve a mirar por el retrovisor. Como todos los expresidarios, fanfarronea, pero está muerto de miedo.

Svensson sabe que es un buen policía. En los últimos años ha merecido los elogios de varios jefes y cuenta con el respeto y apoyo de la mayor parte de los oficiales superiores de su departamento. Pero nunca ha aceptado un ascenso: entró en el cuerpo para ser agente de policía y así quiere seguir, en las trincheras. Nunca ha sido más que

detective y trabaja con hombres mucho más jóvenes que él que no entienden lo que hace y que, a veces, sienten celos. En realidad, a lo único a los que aspira es a que no le jodan: «No me odies solo porque no eres como yo». Y cosas así. Destaca de los demás como detective por su perspicacia y por su capacidad para ponerse en la piel de delincuentes como Whippet.

—¿No vas a llamar a tu antigua banda? —pregunta—. ¿No vas a llamar a Merlin?

Whippet se frota los ojos al oír ese nombre y niega con la cabeza.

—A Merlin que le jodan, tío. Yo ya no tengo nada que ver con esos matones. Odiar es lo único que saben —dice—. Yo solo quiero estar con Amber. Con Amber y con los niños. Con personas que me quieren.

La campiña inglesa se extiende ante sus ojos. Svensson escucha las promesas de Whippet. Las ha oído muchas veces ya y no son para él ninguna prueba del poder metamórfico de la cárcel. Además, normalmente duran lo que dura la condicional. Puede que su cara delate lo que está pensando, porque Whippet le apunta con el dedo.

—¡Esta vez estoy hablando en serio! —gruñe—. ¿Es que no sabe dónde me he pasado metido los tres últimos años de mi vida? Todos los días esperando que te den permiso para mear. No pienso volver.

Whippet había pasado los dos años anteriores a su ingreso en prisión robando y torturando a camellos para labrarse una reputación. Es un depredador de categoría media. A pesar del *glamour* que muchos jóvenes asocian con la vida criminal, la mayoría de delincuentes que Svens-

son conoce están pelados y viven en casa de sus madres. Antes de entrar en chirona, Whippet llegaba a fin de mes a duras penas. Pocos, muy pocos, logran hacer dinero y tienen la sensatez de dejar las calles.

Cada quince años aparece algún depredador de habilidad delictiva superior y los demás se acobardan. Como cualquier detective, Svensson es un cazador y, como todos los cazadores, siente predilección por la caza mayor. Ha leído todos los libros que se han escrito sobre Sutcliffe. Recuerda la cita de Ian Brady en *The Gates of Janus*^{*}, cuando dice que un asesino múltiple es como un gran tiburón blanco que merodea por la sociedad en busca de presas y que los demás somos simples peces. Whippet solo es un pez. Ahí fuera, por los oscuros rincones del sur de Manchester, merodean personajes a quienes teme. Svensson sabe que puede sacar provecho de ese temor.

Sabe otras cuantas cosas de Whippet. Cuenta con informaciones que sugieren que ha estado implicado en otros delitos además de en el tráfico de drogas. Y sabe que tiene muy malas pulgas: de pequeño intentó fugarse del correccional con un mazo. Todas las víctimas de Whippet han dejado parientes y amigos que le odian y a quienes les gustaría verle muerto o encerrado de por vida. Los dos últimos meses Svensson se ha preocupado de hablar con todos. Se ha tomado un té con las hermanas y una tostada de alubias al horno con las madres, siempre con Whippet como tema de conversación. Y antes de que pasara mucho rato, hermanas y madres ya estaban compitiendo por con-

^{*} *Las puertas de Jano*. Peter Sutcliffe (1946-), el *Destripador de Yorkshire*, e Ian Brady (1938-) son dos famosos asesinos múltiples ingleses. [N. del T.].

tarle las salvajadas del matón: soplete, soldador. En tales casos, Svensson siempre finge no sorprenderse, como si ya lo supiera todo, mientras relaciona lo que le cuentan con lo que ya sabe. Cuando se va, su interlocutora se queda con la impresión de que no le ha revelado nada nuevo. Pero Svensson ha ido completando el puzle, imaginado con qué viejos socios sigue en contacto Whippet, de quién recibe órdenes. Y hay dos nombres que no dejan de aparecer. Dos nombres que Svensson ha oído muchas veces.

Merlin y Flow.

Svensson lleva doce años tras la pista de esa pareja, desde 1994. Merlin es el caudillo de la banda de los Gooch; Flow, su sombra, su sicario. Flow es lo que la policía estadounidense denomina un «jugador de choque ultraviolento». Cuando está cerca, es el catalizador de incidentes brutales. Flow ha reconocido en los últimos años que tiene la rara habilidad de matar y quedarse como si tal cosa. Tiene fama de ser frío como el hielo. Es capaz de hacer cosas detestables para la mayoría, como disparar a quemarropa y a la cabeza sin inmutarse. Y no necesita ningún tipo de preparación mental. Te lo puedes encontrar una hora después de que haya apretado el gatillo, tomarte una copa con él y está encantador, como si no hubiera pasado nada. Da la impresión de ser normal, un tipo hasta simpático. Svensson suele tratar con gánsteres, con asesinos; nota la tensión de sus rostros. En Flow no nota nada. Tiene el semblante pálido, la expresión infantil, los ojos como platos. Es un niño de veintisiete años con el pelo cortado al rape, a lo militar. Enarca sus pobladas cejas y parpadea todo el rato como si estuviera

gratamente sorprendido. Es curioso, pero casi se diría que es una persona seria, formal.

Flow tiene —o tenía— dos hermanos. A uno lo rajaron con el cuello de una botella en el centro de Manchester sencillamente por ser su hermano. Al otro, Dean, un joven *disc jockey* y futbolista aficionado, lo mataron por el mismo pecado cuando Flow aún estaba en prisión. Le pegaron un tiro en el vientre a la una de la noche, cuando salía de su discoteca favorita. Iba con unos amigos y Kerry, que es la novia de Flow, estaba entre ellos. Mientras cumple condena, Flow se hace una imagen mental del asesino de su hermano. Algunos dicen que puede que perteneciera a la banda de Longsight. Mientras al día siguiente unos chicos en bicicleta vengán la muerte de Dean con acciones caóticas y caprichosas, Flow espera, reflexiona y sigue parpadeando. Pasan cinco años. En ese tiempo ha amasado una colección de sofisticadas armas de gran potencia. Tres días después de la última vez que lo condenaron, Svensson fue a visitar a su madre, Gemma. Gemma le hizo tostadas con alubias al horno y Svensson la observó con la misma atención con la que miraba el pan pringado. ¿Qué le dices a una madre que tiene a un hijo en la cárcel y a otro bajo tierra?

Merlin es otra cosa. Uno tarda poco en darse cuenta de que es un psicópata. Ha aprovechado las cualidades de Flow para plantar su bandera en amplias zonas de Old Trafford, Moss Side y Fallowfield. Su sombra se cierne ahora sobre la mayor parte del sur de Manchester. El secreto de su éxito estriba en su habilidad para ejercer un control absoluto sobre las personas que lo rodean, algo que Svensson jamás había visto en ese grado. Merlin tiene treinta y un

años y se rumorea que gana mucho dinero. En los últimos cuatro años ha organizado una disciplinada hueste de soldados de a pie que venden *crack* y heroína. Invierte los beneficios en comprar pistolas, escopetas y armas automáticas, incluida una ametralladora de 7,62 milímetros que envolvió en plástico y guardó en el ático de una yonqui. Gana 700.000 libras al año, o sea, 668.000 más que Svensson. Además, a mayor número de asesinatos, mayor número de horas de trabajo para Svensson. Merlin no es de esos jugadores que tarde o temprano acaban por dejar el tráfico de drogas — a pesar del tiempo que inevitablemente pueda pasar en prisión las raras ocasiones en que los compañeros de Svensson puedan acusarle de algo, de lo que sea —, el negocio le excita demasiado. Merlin y Flow son caza mayor. Hace poco que les han concedido la condicional y ya son los principales sospechosos del asesinato de dos pandilleros. Uno lo cometieron desde un coche en marcha; el otro, tras seguir a la víctima. El segundo fue tan bárbaro e insolente que escandalizó a todo Manchester.

El problema, como Svensson sabe perfectamente, porque se ha topado con él muchas veces, es que cuando Merlin anda detrás de un crimen es imposible encontrar testigos que se atrevan a declarar. Se cruzan con Flow en la escalera, lo divisan al fondo de algún callejón. Svensson quiere un caso que consiga encerrarlos por una larga temporada y lo va a preparar. Por eso se ha llevado a Whippet a dar un paseo.

Ahora, mientras conduce a toda velocidad bajo la nieve a medida que la tarde se va apagando, le basta con mencionar el nombre de Flow para que Whippet empali-

dezca y le domine el cansancio. En la cárcel ha oído que Flow quiere matarlo. Ha secuestrado y torturado al hombre equivocado: un camello de Merlin.

—Lo único que yo quiero es dedicarles tiempo a mis hijos —grazna.

Svensson adopta un tono paternal.

—Vas a tener que respetar el toque de queda del centro de reinserción. Mientras dure la condicional, no puedes pisar Manchester. Y no puedes entrar en el Legends de Ashton, ni en el JJs. Ni puedes ir al Arch Bar de Chorlton.

—¿Entrar en el Legends? —Whippet se echa a reír—. Si pongo el pie en ese lugar, soy hombre muerto.

—Nadie sabe adónde nos dirigimos —dice Svensson.

Whippet se fija en las señales de tráfico. Está nervioso, paranoico. Lleva dos horas con la sensación de que todos los conductores con los que se cruzan clavan sus ojos en él. Están cerca de la frontera escocesa. No queda mucho tiempo. Svensson sabe que, si quiere que Whippet le sea útil, tiene que presionarle más.

—Tenemos vigilado a Merlin. Queremos sacarlo de las calles. Todo sería mucho más fácil si supiéramos su número de móvil.

Se oye el ruido del escape al cambiar de marcha. Svensson lo destrozó en un camino embarrado de Buxton. En esos momentos Whippet haría cualquier cosa para no acabar con una bala en el cuerpo. Si habla, nadie lo sabría. Podría haber sido cualquiera. ¿Por qué es tan importante un número de móvil? ¿De qué iba a valerle a nadie? Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. No puede contar nada sobre Merlin. No volvería a dormir en toda su vida.

A solas en el centro de reinserción para delincuentes, a Whippet le empieza a acosar la paranoia. Hay más cámaras de vigilancia que en la casa de *Gran Hermano*. El toque de queda es estricto. No deja de pensar en el pandillero que lo estaba esperando a las puertas de la prisión. ¿Correrá la voz de que se marchó en el coche de un policía? Como la pólvora. Cuanto más tiempo tarde en dar señales de vida, más sospechas despertará. Dejándose llevar por un impulso, llama a uno de los lugartenientes de Merlin. Se queja de que lo hayan llevado a un centro de reinserción.

—¿Qué centro? —le preguntan.

Tiene que decidir con rapidez. Si revela dónde está, Merlin puede mandar a alguien a buscarle. Si no lo hace, Merlin sabrá de inmediato que le oculta algo. Respira hondo.

—Está en Carlisle —contesta.

Cuando cuelga, le entra pavor. ¿Por qué ha tenido que llamar? Antes ha estado a salvo por unos momentos. Ahora Merlin sabe dónde está. Va al dormitorio y examina la cerradura. Es una Yale sencilla que cedería con facilidad ante unas patadas; y no hay cerrojo de refuerzo. Empuja metódicamente todos los muebles contra la puerta. Hecha la barricada, se sienta en el suelo. El viento frío hace traquetear los toldos del edificio y él espera a que Flow vaya a matarlo.

A la vuelta, Svensson no puede dejar de pensar en lo mucho que necesita saber el número de móvil de Merlin. Los asesinatos han sido flagrantes, desvergonzados: apestan a Merlin y Flow. Si pudiera relacionar un número de móvil con la escena del crimen, podría conseguir una orden ju-

dicial para arrestarlos. Así es como le gusta trabajar. Ninguno de sus compañeros sabe lo que hace exactamente, pero tampoco tienen por qué saberlo. Se mezcla entre la gente y desaparece unos cuantos días o unas cuantas semanas. Cuando se interna en el territorio de alguna banda, un joven centinela avisa por móvil a su superior: «XCalibre está aquí», dice. «¿XCalibre...? Pero ¿quién?», le preguntan. «El jefe», contesta el chico.

Svensson, sin embargo, nunca ha visto dos veces al mismo centinela. Es un policía chapado a la antigua: él es la ley. Hay detectives que recitan a su oficial superior una larga lista de nombres a los que hay que «seguir / entrevistar / eliminar» y así justifican la jornada. Pasan horas preparando el «borrador de interrogatorio» de algún sospechoso. ¿Borrador de interrogatorio? Svensson ha logrado hacerse un espacio vital algo más amplio. Nadie pregunta por sus métodos. Es conocido por sus resultados.

Suena uno de sus tres móviles. No el de los confidentes, así que puede ponerlo en modo altavoz. Es su mujer.

—¿Puedes recoger a Jessica en Stockport? —le pregunta.

—Claro.

Por su profesión, su mujer ha quedado relegada a un segundo plano muchas veces. Ser policía ya le ha costado un matrimonio y corre el riesgo de que le suceda lo mismo con el actual. No ayudan tantas horas extra. Si habla con alguien que no es policía, tiene que esforzarse especialmente. Es complicado para el lego entender el mundo donde pasa la mayor parte del tiempo: las conexiones, los anillos concéntricos de camellos, matones,

víctimas e informadores que rodean a las grandes figuras del tablero de juego. Recuerda el día en que su primera mujer lo llamó varias veces pidiéndole que saliera ya de la oficina, que pasara ya a recogerla, que iban a llegar tarde a la boda de una amiga. Le prometió que no tardaría más de tres cuartos de hora. Treinta y cinco minutos después estaba en Moss Side, a los pies de un cadáver. El día era frío, como hoy, y la nieve congelada obstruía los orificios de bala. «No puedo ir. Ha habido un tiroteo», le dijo a su mujer. Una vez te puedes escaquear. Una vez detrás de otra, no.

—¿Qué le vas a regalar por su cumpleaños? —pregunta la mujer que ahora es su mujer.

—Algo de Miley Cyrus —responde—. No hay en el mundo mayor fan de Hannah Montana.

Se ríen y cuelga. Tiene demasiadas cosas en qué pensar para seguir charlando. Hace tiempo tuvo que dejar plantada a su primera mujer porque tenía que vigilar a alguien en Milton Keynes. La misión se complicó y no pudo volver hasta nueve días después. Pasó la mayor parte metido en el coche con una atractiva detective en prácticas concentrada en la lectura del temario de un examen. Si alguien le hubiera pedido que fuera sincero, tendría que haberle dicho que las mujeres siempre le habían gustado. Al principio salía con muchas. Ahora no suele frecuentar a nadie ajeno a la comunidad del crimen. En los viejos tiempos se daba incluso el caso de algún policía que acababa follando con la exnovia de un delincuente. Un compañero le contó que un día se despertó en la cama de la antigua novia de un sicario y no sabía qué le daba más miedo, que apareciera el gánster o la policía. Pero esas co-

sas no pasan desde hace mucho tiempo. Ahora, en las raras ocasiones en que conoce a una mujer y la invita a una copa, le dice cómo se gana la vida y la chica muestra un interés inmediato. Es un pequeño masaje para su ego. Hace lo mismo con sus confidentes: los interpreta, observa su lenguaje corporal y mira a ver qué puede conseguir. Ahora mantiene una relación más cordial con su exmujer y ve a sus hijos cuando no tiene que hacer varios turnos de tres a once seguidos. Su hijo se queda con su mujer y la hija que tiene con esta en su casa de Buxton, junto al barrio de Peak. Su primera mujer es policía y se ha vuelto a casar con otro policía.

Cuando Svensson regresa de Carlisle, ya ha empezado el turno de noche en el sur de Manchester. Un helicóptero de la policía sobrevuela Alexandra Park State, donde la Princess Parkway separa los territorios de dos bandas en guerra: los Gooch y los Doddington. Los soldados Gooch se disputan el favor de Merlin, su peculiar general, que es un manipulador. Merlin da una orden y en la otra punta de Manchester alguien recibe un balazo. Creció en calles dominadas por la banda de Longsight, aliada menor de los Doddington. Pero desde que optó por los Gooch, sus amigos de Longsight se la tienen jurada. Flow acierta cuando piensa que entre ellos se encuentra el que mató a su hermano. Son rivales desde hace casi veinte años. Aunque lo oculta, la policía tiene un avión espía que vigila el área como si fuera una zona de guerra.

La contienda urbana del sur de Manchester es un conflicto olvidado: una ciudad interior desolada y sumida en la delincuencia, bandas, drogas y tiroteos. Reina el ojo por ojo, diente por diente. En cuanto la policía corta la

cabeza a una facción, los pandilleros suturan la herida y se regeneran. Meten en la cárcel a un cabecilla y deja un vacío, pero pronto ese vacío lo ocupa una banda rival. El ciclo se repite una y otra vez. Los más jóvenes compiten en brutalidad por ascender en el escalafón y calzarse los zapatos de su jefe. Cuando la policía busca testigos, encuentra una comunidad atenazada por el miedo en la que nadie habla, nadie denuncia. La unidad de Svensson, XCalibre, especializada en bandas, ha tenido que investigar mucho para rellenar un «mural» de más de seis metros donde, sobre nombres de calles, han clavado fotografías de ciento ochenta pandilleros y camellos. Cuando patrullan por Moss Side, Old Trafford y Longsight, los agentes confían en su memoria para reconocer los rostros.

Las bandas utilizan tácticas militares. El avión espía de la policía registra una imagen en infrarrojos de un grupo de cuatro ciclistas enmascarados y encapuchados que avanzan en bicicletas de montaña y formación de diamante por las calles de Moss Side. Es una táctica clásica de los Gooch para el reconocimiento de una zona enemiga e indica que se está produciendo una incursión. En cabeza va el explorador. A los lados lleva a dos escoltas que se dispersan en cuanto adivinan algún problema. El propósito es confundir y despistar al enemigo: la banda rival o la policía. Por instinto, lo normal es seguir a los escoltas en cuanto se alejan y hacer caso omiso del que va en medio, al que protegen. Pero este es el importante, el portador, el que lleva el arma.

Las tácticas están evolucionando. Ahora los asesinos atacan por la noche y lo hacen encapuchados y con gafas de esquí. Para evitar que la policía obtenga valiosas pruebas

físicas, actúan con el rigor de un forense. Lavan las bicis con gasolina para borrar todo rastro de ADN y disparan las pistolas en un cubo lleno de arena para que los granos suban por el cañón y limpien los residuos de pólvora de boca y recámara, que podrían resultar muy útiles a un técnico en balística. Muchos sicarios han sido encarcelados gracias a las pruebas balísticas. El truco de la arena no funciona. Otras tácticas, como el empleo de guantes de látex para no dejar huellas, sí.

Svensson sale del tráfico nocturno y se interna por una tranquila calle de largas tapias. La elevada verja se abre automáticamente. Es el cuartel general de XCalibre. Encuentra aparcamiento entre un Mondeo abollado y sin matrícula y una furgoneta blindada de la Unidad de Apoyo Táctico. Una vez dentro, se dirige a la cafetería. En la barra hay alguien de espaldas. Reconoce el polo marinero algo retro y las botas de piel vuelta de un agente recién incorporado a la Unidad de Gestión de Fuentes Encubiertas. El chico viste como James Bond y está ansioso por robarle sus confidentes. Svensson retrocede rápidamente y se encamina a la sala de operaciones. Nadie sabe cómo se ha hecho con su red de confidentes e informadores, pero ahora los impecables y guapos reclutas de la Unidad de Fuentes Encubiertas quieren echarles mano. Últimamente Svensson dedica tanto tiempo a evitar que otros policías metan las narices como a proteger su secreta red de los criminales.

En el centro de Carlisle, Whippet sueña con Merlin. Tiene los nervios de punta. Cualquier portazo lo asusta. Asiste a

unos programas de reinserción que le ayudan a volver sobre sus pasos, a facilitar la transición de la cárcel al mundo. Respeta las normas de la condicional. Pasan las semanas, pero no pierde el miedo a que Merlin mande a alguien en su busca. No pierde el miedo. Le duele la cabeza y no puede dormir. Se sobresalta en mitad de la noche cuando las cañerías hacen ruido. Imagina que es el ruido de una llave en la cerradura. Ha pedido, ha suplicado varias veces que lo trasladen.

—Tienes visita —le dice la persona que tiene asignada su vigilancia.

En la puerta está apoyado Svensson. Lleva un forro polar negro y sonríe. Aunque a Whippet le gustaría lo contrario, se alegra de verlo.

—Recoge tus cosas —dice Svensson—. Te mandan a un centro de reinserción de Northumbria.

Mientras Whippet hace el equipaje, Svensson entra con dos tazas grandes de té y se sienta al borde de la cama. Whippet coge una taza y sorbe con ganas.

—Lo dejo. Se lo juro. Se acabó —dice.

Svensson no contesta, pero nota que Whippet está débil, agotado. Tiene las mejillas hundidas y ha perdido peso.

—¿Sigues pensando que va a venir a por ti? —dice Svensson por fin.

Whippet asiente. No pierde el miedo y ya ni siquiera se molesta en ocultarlo. Svensson se inclina y apoya los codos en las rodillas.

—Deja que te cuente una cosa.

Whippet no lo sabe. Hace algunas semanas, una mañana temprano, un coche echó a Merlin de la carretera en

un tramo de la A666 entre Bolton y Blackburn, a bastante distancia de su casa. Iba en un taxi con una chica. Por el espejo retrovisor vio a cuatro policías salir corriendo de un coche. Llevaban chaleco antibalas y mascarilla de protección. Merlin se dio cuenta de inmediato de que se acababa la libertad para él e intentó escapar. Oyó un disparo. Un bote de aluminio rodó bajo sus pies y un gas blanco lo envolvió. Saltó como un resorte y derribó al primer policía de un empujón. Le temblaba todo el cuerpo. De inmediato un brazo musculoso lo cogió por el cuello y apretó hasta casi asfixiarlo. Golpeó la mandíbula de su agresor. Pero la policía había ido preparada. Le quemaban los ojos y la garganta. Se retorció con rabia. Las lágrimas lo cegaban. Los agentes le tiraron de los brazos hacia atrás y le apretaron la cara contra el asfalto.

Whippet escucha con atención sorbiendo su brebaje. Los rígidos hombros se le van relajando, y también la espalda.

—Va a presumir mucho —dice— de que no usaran gas pimienta, ni porras, ni un bastón retráctil. Les hizo falta un bote de gas lacrimógeno para engancharlo. Como en las manifestaciones.

Es la noticia que estaba esperando. Pero Svensson no ha terminado.

Esa misma mañana, a cien kilómetros de allí, Flow duerme en el piso de su novia cerca de Nottingham. Fuera, cuando aún es de noche, quince agentes con uniformes que les hacen parecer antidisturbios se acercan al abrigo de un muro. Se agachan como si fueran esprínteres y bajan la visera del casco. Es la Unidad de Armas Tácticas, espe-

cializada en romper puertas y en entradas expeditivas. Una hora antes, en la reunión informativa, la descripción de Flow ha enervado a algunos de ellos y están impacientes. Les acompañan dos expertos paramédicos, que también llevan equipo antidisturbios y uniforme ignífugo. Normalmente ocurre deprisa: palanqueta para abrir una rendija en la puerta, por ella se mete el potente tornillo hidráulico, la madera salta hecha pedazos y un policía corpulento arremete con un pesado ariete de metal que en la jerga del cuerpo se conoce como «el ejecutor». Esta vez los acompaña, además, un negociador. Rodean la casa y llaman a voces a Flow. Este sabe cómo acabará todo. No quiere que su familia oiga cómo los policías derriban la puerta, suben las escaleras en estampida y gritan: «¡Policía, policía!». Así que sale tranquilamente y con las manos en alto.

Whippet niega con la cabeza y silba.

— Como creemos que hablas en serio cuando dices que quieres dejar la calle — dice Svensson —, os vamos a realojar a tu familia y a ti lejos de Manchester. Solo tienes que decirnos dónde. ¿Se te ocurre algún sitio?

— Wrexham — contesta Whippet. Norte de Gales, a ochenta kilómetros de Manchester.

— Veré qué puedo hacer.

Se mudan en agosto de 2008. Whippet tiene dos hijos que mantener, de modo que se apunta a un curso de especialista en mecánica. No vuelve a Manchester, mejor no correr riesgos. Parece que es verdad que quiere corregirse, sentar la cabeza. Pero Svensson espera, atento. Todavía tiene

que acatar las normas de la condicional. Si no, entrará a formar parte de su red de confidentes.

Merlin y Flow han sido detenidos, el Departamento de Homicidios lo celebra. Svensson, sin embargo, está intranquilo. Vuelve en coche a su casa de Buxton y da un paseo por el barrio de Peak. En el garaje levanta pesas. Su exmujer llama para preguntarle si va a recoger a su hijo para pasar el fin de semana con él. De camino al colegio de su hija, se encuentra con un atasco y vuelve a pensar en el juicio. Durará meses, costará millones y será uno de los más importantes de la historia de la lucha contra las bandas de la ciudad de Manchester. Ahora los testigos tienen que estar protegidos las veinticuatro horas del día, declarar con un distorsionador de voz. No está convencido de que las pruebas sean concluyentes. Las forenses no lo son. Hay algún rastro de ADN, pero no basta. Algunos pandilleros han testificado, han dicho que envolvían las pistolas en plástico y las guardaban en un ático. Pero no basta. A Svensson le preocupa que Merlin y Flow no pasen entre rejas el tiempo suficiente. Basándose en la falta de pruebas, podrían apelar. Tiene que indagar un poco más, investigar otros asesinatos sin resolver. Quiere que el juicio demuestre que gobiernan un reino del crimen. Necesita a Whippet.

En Wrexham, sin embargo, algo ha cambiado. Al conocer la detención de Merlin, a Whippet se le ha quitado un peso de encima. Ha dejado de tener miedo, ha recuperado parte de su arrogancia y vuelve a las bravuconadas de siempre. Cuando sale a la calle, echa los hombros hacia atrás y siente que ha crecido unos centímetros. En octubre se cumple el plazo y termina la condicional. Svensson

oye rumores. Ahora está en una casa de apuestas de Fallowfield viendo una carrera de galgos. Espera. Entra un chico delgado, Femi. Femi lleva chándal Adidas y trencitas en el pelo. Svensson le ofrece un cigarrillo y los dos se encaminan hacia la puerta. Femi se alegra mucho de poder hablar de Whippet. Todavía tiene en la parte interior del muslo cicatrices de la última vez que lo vio.

— Ese cabrón está en Wrexham, ¿no? — dice—. Con sus hijos y la madre de sus hijos, ¿no?

Svensson no lo confirma. Las noticias vuelan. Cuando habla con estos chicos — con las mujeres no funciona tan bien —, a Svensson le gusta sazonar la conversación de incómodas pausas. Así es más fácil que se sinceren. Dicen algo, lo primero que se les ocurre, para llenar el vacío. Para ellos su forma de vida es una elección. El respeto es importante. Un ladrón cualquiera coge sus ganancias ilícitas, se compra una Xbox y se marcha a casa, pero esos chicos buscan algo más, una especie de reconocimiento de lo que son, de los riesgos que asumen. Y dicen lo que no quieren. A veces simplemente «Whippet». Svensson les asegura que hará cuanto esté en su mano para protegerlos. Saben que, si en el juicio aparecen Datos de Identificación Personal y el juez dictamina que hay que divulgar la fuente, Svensson renunciará a seguir adelante antes que delatarlos.

— Lo han visto de juerga por Manchester — dice el chico.

— ¿Ah, sí?

— Le quitó la mierda a un camello. Le trincó su parte — aclara.

Svensson asiente, no le pide que continúe. Por ahora es suficiente. Muchos policías jóvenes cometen el error de

presionar demasiado y demasiado pronto. Svensson se hace acompañar por un compañero a la casa donde viven la madre y la novia de un conocido matón ya encarcelado. Las mujeres les invitan a pasar y sirven un té. Svensson les pregunta por una fiesta de cumpleaños, es una incitación a que suelten la lengua. Pronto compiten por ver quién cuenta más de los pandilleros que conocen. El policía joven no da crédito. Sigue en silencio, atento a cuanto oye, clava los ojos alternativamente en Svensson y en sus anfitrionas. Pero, llegado un momento, apoya las manos en la mesa, echa el cuerpo hacia delante como en los interrogatorios, y pregunta, exigente:

—Muy bien, y ahora: ¿qué saben ustedes de Whippet?

Las mujeres se cierran como lapas.

—Yo no soy ninguna soplona —replica una de ellas cruzándose de brazos.

«Por qué no te habrás callado, idiota», piensa Svensson, y deja de llevarse a sus compañeros al trabajo.

Siempre está atento a la oportunidad de abrir una nueva línea de investigación. Dos días después, su coche se desliza bajo la lluvia cuando suena la radio. Hay un tiroteo en un aparcamiento público. Acuden otras unidades, así que Svensson consulta el reloj y se dirige a las Urgencias del Manchester Royal Infirmary. Al abrigo de la oscuridad, se asoma sin ser visto por la salida de emergencia. Hay dos chicas esperando. Una es larguirucha, tiene los ojos saltones y lleva ropa cara. Aprieta la boca y se frota los ojos. Para guardar las apariencias, piensa Svensson, que sigue esperando. La chica no tarda en salir a la calle a fumar. Abre mucho los ojos, mira a ambos lados

y marca un número de teléfono. Pero, al ver a Svensson, cuelga.

—¿Está usted bien? —pregunta Svensson.

—¿Y tú quién coño eres?

Svensson le ofrece un cigarrillo. Tiene que pensar con rapidez. Sabe que, dentro del hospital, el príncipe azul de la chica se debate entre la vida y la muerte. Es un buen momento para convertirla en confidente. Puede mandarlo a la mierda, pero no suele pasar. A los diez minutos, se marcha con su dirección en el bolsillo. Ha adquirido una habilidad artesanal. Casi es reconfortante.

Al día siguiente, Svensson está en su coche, fumando. Vigila la casa de la chica en Ashton Road, espera que vuelva del hospital. Ya está a punto de irse cuando la ve doblar la esquina con la cabeza gacha. Entra en el número ocho. Svensson se levanta el cuello del abrigo y va en su busca. Baja por la calle de casas adosadas. Los grafitis de las paredes aclaman a los «soldados caídos». De una ventana abierta sale música *grime*. La reconoce. Es una canción de Dizze Rascal, «Suk My Dick». Estas chicas se han creído la imagen de la vida pandillera que venden raperos como Akon y 50 Cent, donde las mujeres son princesas que reciben regalos caros y van en Aston Martin y lanchas fuera borda. La realidad es mucho más cruda. La realidad es que te persiga la policía, es diez hombres del Grupo de Apoyo Táctico con casco y visera que cargan contra tu vivienda de protección oficial a las cinco de la mañana. Es que te den una paliza, es que te dejen sola durante días.

Svensson llama a la puerta. La chica abre unos centímetros y se asoma.

—¿Chanelle? —pregunta Svensson con suavidad.

Chanelle se ha quedado de piedra. Svensson ha visto muchas veces esa mirada asustada.

—¿Qué quiere?

—¿Está tu madre?

Chanelle dice que no con la cabeza. Unos momentos después están tomando el té en el piso que comparte con su madre. Gran parte de la habilidad de Svensson consiste en conseguir que sus informadores confíen en él lo suficiente para hablar. Y las mujeres confían en él, confían en que las protegerá de todo mal. Una o dos hasta se han enamorado de él o de lo que creen que representa: poder para mantenerlas a salvo. Las novias están entre sus mejores confidentes. Empatizan con él. Hoy no la presionará, no le pedirá ni un solo dato de los Gooch. Hoy solo tiene que iniciar una relación.

—¿Por qué se hizo policía? —se interesa Chanelle.

Svensson se encoge de hombros. Para esa pregunta le resulta fácil improvisar una respuesta.

—Mi padre era muy violento. Pegaba a mi madre. Para salir de casa, me matriculé en clases de judo. El profesor era policía.

Antes de marcharse le dice a la chica que en la agenda del móvil le apunte con el nombre de «Jackie» y que, cuando le escriba un mensaje, termine mandándole un beso, para que sepa que es ella.

La primera vez que lo llama, acaba de recoger a su hijo en el colegio. Es mal momento, pero tiene que contestar. Hay mucho tráfico, así que le dice al niño que va a poner el teléfono en modo altavoz y que tiene que estar

callado. La madre y el padrastro del chico también son policías. Estará acostumbrado.

—Mientras Aaron siga en el hospital, no tengo a nadie que me proteja —dice Chanelle. Habla con voz entrecortada, como si hubiera estado llorando. Svensson guarda silencio y mira a su hijo. El chico escucha sin decir nada. Tiene doce años—. Un amigo suyo que es camello viene todas las semanas. Es un puto animal. Ojalá lo mataran. —El puto animal va a ver a Chanelle todas las semanas y la fuerza delante de su hermana pequeña. Svensson rechina los dientes. Sigue escuchando—. Lo único que quiero es que deje de venir. Le quiero fuera de mi vida.

Cuando Chanelle cuelga, el chico mira a su padre. A Svensson se le va pasando la rabia. Su hijo todavía es demasiado pequeño para escuchar ciertas conversaciones.

—Mamá solo habla con la gente —dice su hijo—. Su marido da vueltas por ahí en un Panda. Pero tú eres Ross Kemp*.

Svensson pasa varias semanas afianzando la amistad de Chanelle. Esta solo conoce a soldados de los Gooch de rango menor, pero se convierte en parte de la red que Svensson está urdiendo para que todo lo que se vaya sabiendo de Merlin y los Gooch, y de sus andanzas y paradero, le llegue por distintos conductos. Cierta noche que se ha quedado a trabajar hasta tarde, recibe una llamada que hace avanzar el caso. Es uno de sus informadores y quiere darle el número de móvil de Merlin. Svensson coge otro de sus teléfonos, llama a un compañero y le recita el número despacio.

* Actor que interpreta a un policía en la serie *EastEnders* (1995-2006), que en España se tituló *Gente de barrio*. [N. del T.].

Los chicos malos del barrio

—Quiero que investigues todas las llamadas de este número entre las cuatro y la siete de la tarde del 17 de junio —dice—, y desde dónde se hicieron. Intenta trazar la ruta de las llamadas entrantes y localízame la situación del móvil el 27 de julio a partir de las dos de la tarde. Dime dónde estuvo: en Moss Side, Cheadle Heat, Chorlton.

El investigador identifica de inmediato la hora y el lugar de los dos asesinatos.

—¿De quién es el teléfono? —pregunta.

—Del malo de la película.

Las compañías telefónicas hacen un seguimiento preciso de las llamadas para controlar la facturación. Utilizan grandes receptores que, a partir de datos obtenidos por triangulación, localizan el sitio desde el que emite el terminal y el momento exacto en que lo hace.

—Vale, Anders. ¿Algo más?

Svensson reflexiona un momento.

—Sí. Dime intervalos de tiempo largos en que no hable con Flow.

—¿En que *no* hable con él?

—Suelen hablar varias veces al día. Cuando no lo hacen, lo más probable es que estén juntos.